

Miércoles, 13 de Enero de 1937

AÑO XXVII
Número 1315
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID



El relevo de los combatientes

Los milicianos salen de sus posiciones para ir a relevar a otros compañeros en el frente de Madrid
(Fot. Díaz Casariego)



gráfico

Luz Amores, muchacha de servir, entrega todos sus ahorros--cerca de dos mil pesetas--a las Milicias Vascas

Una mujer en el frente

EN la tarde de ayer se presentó al teniente coronel Ortega, una muchachita de servir, llamada Luz Amores, para entregarle su cartilla de la Caja Postal de Ahorros, donde tenía guardadas cerca de dos mil pesetas.

—Para los vascos, tome usted—le dijo sonriendo.

—Pero...

—Sí; quiero ser útil en algo.

—Los milicianos están bien atendidos; tienen de todo. Tú necesitas ese dinero para ti; lo has ahorrado a fuerza de privaciones, de sacrificios. No puedo aceptarlo.

Luz Amores estaba triste. Se adivinaba mucha sinceridad en sus palabras. El teniente coronel Ortega y el delegado político Alfonso Peña quedaron pensativos hojeando la cartilla, cuyas imposiciones eran modestísimas.

—No puede ser—dijeron.

La muchachita de servir, hija auténtica del pueblo, que ofrecía entusiasmada el fruto de su diario trabajo para que los bravos combatientes de las Milicias Vascas tuviesen una ayuda más en el parapeto y en la trinchera, abandonó llorando el despacho del teniente coronel Ortega, que, como el delegado político, la miraba enternecido, lleno de emoción infinita, por aquel gesto admirable.

Luz Amores no se conforma

Luz Amores no supo conformarse con la decisión de estos jefes. Fué a Madrid, inconsolable, y al cabo de dos horas ya tenía en su poder los ahorros guardados en aquella cartilla rechazada.

Casi dos mil pesetas habían ganado sus manos generosas, ennoblecidas por el trabajo. Con ellas compró bufandas, guantes, jerseys y calcetines para los vascos.

¡Los vascos! Temple de acero, magnífico espíritu de disciplina y de solidaridad; fuertes como los robles centenarios de «la tierra», como el árbol de Guernica, para resistir serenos, confiados, el zarpazo que nos acecha. Cazadores de tanques enemigos en todos los encuentros difíciles. Ellos peleaban aún, frente a lo desconocido, llenos de esperanza, para que las mujeres y los niños de España, de esta España laboriosa y grande, tengan pronto un hogar venturoso, donde no falte optimismo, trabajo y pan. Son unos héroes. Por eso Luz Amores quería alentarlos con sus palabras, llenas de dulce y generosa sinceridad; con sus regalos, de un valor simbólico incalculable.

Cuando el teniente coronel Ortega y el delegado político Alfonso Peña vieron nuevamente en la Comandancia a Luz Amores cargada con aquella mercancía, quedaron mudos de asombro. Momentos después, ella misma repartía, entre los afortunados vascos, calcetines, jerseys, guantes, bufandas... La muchacha era feliz.

Cómo piensa y cómo siente esta muchacha.

Aproveché la ocasión para charlar unos minutos con esta muchacha generosa mientras el teniente coronel daba la orden de salir hacia los parapetos.

—¿De dónde eres?



—De Alba de Tormes (Salamanca)—respondió tímidamente.

—¿Hace mucho tiempo que vives en Madrid?

—Nueve años.

—¿Cuánto dinero exactamente invertiste en estas prendas?

—Mil ochocientas cincuenta y seis pesetas.

—¿Por qué lo has hecho?

—Hay que favorecer siempre al pobre; pobre soy también; pero quiero dar el ejemplo. Los que se llaman católicos y pueden no hacen nada por el necesitado.

—¿Cómo ganaste esas pesetas?

—Trabajando.

—Tu situación no parece brillante.

—Mientras esté sirviendo, nada me faltará. Y si no pudiera servir, la suerte habría de acompañarme.

—¿Pertenece a algún partido político?

—No.

—¿Tienes familia?

—Padres y hermanos. Todos pelean en distintos frentes. Por cierto que de ninguno tengo noticias.

—¿Quieres decirme algo para las mujeres españolas?

—Sí. Cuanto hagan por los combatientes será poco. Triunfaremos. El pueblo tiene razón, y la razón es fuerza, más poderosa que la de todos los Ejércitos. Quiero decirles también que no comprendo cómo los curas pelean contra nosotros. Jesucristo andaba siempre con los humildes.

Callamos. Luz Amores va a partir en unión del teniente coronel Ortega, del delegado político Peña y de los capitanes Azcoaga, David... Salen hacia las trincheras, mientras un obús de grueso calibre pasa silbando sobre nuestras cabezas.

MARIO ARNOLD

Luz Amores con algunas de las prendas en que ha invertido los ahorros de su vida de trabajo



↑ Luz Amores entrega su cartilla de la Caja Postal de Ahorros al teniente coronel Ortega, junto a quien aparecen, también, el delegado político Alfonso Peña, los capitanes Azcoaga y David y nuestro colaborador Mario Arnold

La muchacha cuenta su bello gesto a Mario Arnold

(Fots. Vide)

El miliciano más joven de los que defendieron Bilbao durante la guerra carlista

La frase de Méndez Núñez, la amistad de Prieto y la pena de no tener hoy quince años

BILBAO es una de las capitales de España que tienen más vinculada su historia a la de las luchas civiles del pasado siglo. Cada línea de la historia de la industriosa capital nortea es un homenaje de recuerdo a la difícil situación de sitio sufrida en el transcurso de la guerra carlista. Para defender la ciudad sitiada se alistaron en grupos, voluntariamente, miles de personas. Uno de esos grupos, acaso el más numeroso, fué el Batallón de Voluntarios Auxiliares, constituido totalmente por hombres liberales de la época, sin distinción de edad, pues los había que contaban desde los quince años hasta los setenta.

Quince años tenía el más joven de los milicianos agrupados en el Batallón de Voluntarios Auxiliares. Era corneta de la segunda compañía del batallón. Era un mozo de barbilampiño, natural de Madrid.

Aquel muchacho cuenta hoy setenta y siete años. El y otros dos son los únicos supervivientes del glorioso Batallón que defendió la ciudad en sitio.

El portero del Museo Histórico Militar

Manuel Fernández Hidalgo, el portero del Museo Histórico Militar, es aquel imberbe defensor de la ciudad invicta. Hoy es un viejecito canoso de años, corcovado de cansancio, llanote hasta la infantilidad, ingenuamente comunicativo.

—¿Qué insignia es ésa que lleva usted, abuelo?—inquirí, curioso, para averiguar a qué se refería la que ostentaba en el ojal de su americana.

—Esto es una especie de medallita que dedicó el Ayuntamiento de Bilbao a los defensores de la capital.

A continuación me explicó que era uno de los tres únicos milicianos que vivían en la actualidad y el único que residía en Madrid.

—Yo—me dijo—vivía entonces en Bilbao. Mi padre, que era maquinista del Norte, estableció allí la residencia, y nos trasladó a todos. Cuando la guerra, aunque era un chiquillo, sentía dentro de mí el espíritu de la libertad. Y me alisté como miliciano. No me ha pesado nunca. Quiero decir que jamás me he arrepentido. ¿Sabe usted cómo se llama esa calle?

El viejo se refería a la en que está el Museo. La pregunta me resultó algo extraña. No podía sospechar qué salto mortal preparaba la imaginación del viejo.

—La de Méndez Núñez, ¿no?—le respondí.

—En efecto. Pues Méndez Núñez es el verdadero guión de mi vida. ¿Usted no sabe lo que dijo Méndez Núñez?

—¿Qué es ello? No sé a qué se refiere...

—Yo tengo edad para ser su abuelo. Méndez Núñez dijo: «Más vale honra sin barcos, que barcos sin honra.»

Su amistad con Indalecio Prieto

—De todas partes—me decía—no hago más que recibir cartas y papeles. De Bilbao, principalmente. Son de Sociedades como El Sitio y otras análogas, que me hacen socio de honor o me piden que vaya a festejos que me organizan a mí y a los otros dos que quedamos del Batallón. Cuando me veo entre tantos papeles, casi llego a creerme que soy un hombre importante. Algunas veces tengo más documentos que La Cierva.



—¡Ay, si yo tuviera ahora quince años!...—dice a Carlos Rivera este viejo miliciano, que luchó como voluntario en la guerra carlista (Fot. Videca)

—¿Sirvió usted en el Ejército después de servir como miliciano?

—En 1873 me licencié como voluntario. ¡Un chiquillo era yo entonces!... En 1880 «metí la mano en quinta», y el 12 de Abril de 1881 serví en Luchana, Regimiento de Infantería.

—¿Después ha estado usted alguna vez en Bilbao?

—Alguna que otra vez. Pero muy pocas. ¡Como uno no anda muy bien de cuartos!... La última vez fué siendo ministro de Obras Públicas Indalecio Prieto. El me pagó el billete de ida y vuelta. Don Indalecio me quiere mucho; tanto me quiere, que me trae en palmitas, y yo, créalo usted, me avergüenzo... ¿Usted comprende?

Una conducta: honra, no barcos

Manuel Fernández presta sus servicios en el Museo desde hace treinta y siete años. Era el carpintero de la casa. Un accidente de trabajo le inutilizó una mano. Entonces, en atención a sus años, la Junta del Museo le encargó de la portería.

—Esta es—nos decía un capitán de Inválidos, refiriéndose al portero—la joya más antigua que hay en la casa. Se le jubila, y no quiere. «Si me quitan de venir aquí—dice—, es condenarme a morir de tristeza.» Ya está familiarizado con estas paredes, y su figura es una reliquia histórica más que se exhibe en el Museo. Los viernes los tiene libres. Pero el hombre no puede resistirse a eso, que es una tentación en él. Y viene como todos los días.

El miliciano del 1874 es ahora como entonces. En nada ha variado. Unos años más, una mayor experiencia; pero en la conducta, en lo que es temperamental, continúa siendo el mismo. ¿Qué pensará el miliciano del ochocientos ante la tragedia de nuestros días?

Otra vez en la portería del Museo, frente al portero canoso de años.

—Si usted tuviera ahora quince años, abuelo, ¿qué haría?

—¡Ay, si yo tuviera quince años!... ¿Se acuerda usted de lo que dijo Méndez Núñez? La conciencia y el corazón, ahora, como cuando tenía quince años, ya que no es posible empuñar un fusil a mi edad, recuerdan la frase que yo hice ruta de mi vida: «Más vale honra sin barcos, que barcos sin honra.»

CARLOS RIVERA

LECCIONES DE LA GUERRA

FRATERNIDAD

EN uno de los frentes ha ocurrido el suceso, de matices novelescos, aunque nada extraños en el proceso de una guerra civil. Los centinelas avanzados de uno de nuestros puestos vieron, a las débiles luces de una de estas auroras invernales, acercarse sigilosamente un grupo de hombres procedentes del campo enemigo. Venían con la cautela del que se evade, y no con la astucia engañosa del que trata de sorprender. Diéronles el alto los centinelas, y del grupo respondieron con vítores a la causa republicana. Tomáronse, no obstante, precauciones para recibir a los fugitivos. No es la primera vez que la traición se finge amiga para perpetrar su crimen con alevosía.

Un joven oficial quiso tomar para sí solo, ahorrando posibles víctimas, el riesgo del reconocimiento. Saltó de nuestra trinchera y avanzó hacia el grupo; de éste destacó otra silueta solitaria. Aproximáronse, recelosos, los dos hombres. En la trinchera, con las armas dispuestas a todo evento, esperaban los milicianos.

Y entonces, al claror turbio del alba, ocurrió el encuentro emocional. Avanzaban uno hacia otro los dos hombres. Y cuando apenas los separaban cinco pasos, se les vió correr, abalanzarse uno sobre el otro y ceñirse, fundirse, enlazados frenéticamente. Pudo pensarse en el choque audaz y brutal de dos adversarios; pudo ser el comienzo de una agresión, y ya dedos nerviosos acariciaban los gatillos de las armas. Pero, al contrario, vióse que los dos hombres permanecían quietos, fundidos en un largo abrazo, y un mismo grito jubiloso de solidaridad atronó el aire. El trance novelesco estaba cumplido. Eran dos hermanos de sangre, hijos de las mismas entrañas, a los que el Destino había puesto frente a frente. Durante unos meses habían luchado como adversarios. Tal vez habían cruzado de trinchera a trinchera sus balas. Y cuando uno de ellos, aprovechando una ocasión propicia, se evadía de las filas fascistas, era su propio hermano quien salía a recibirle.

He aquí la posibilidad que hace de la guerra civil la más cruel y triste de todas las luchas. El hermano puede matar al hermano; el padre, al hijo; basta el espacio de unos metros de tierra—de trinchera a trinchera—para cavar ese abismo de horror.

La voz de la sangre, pese a todo, no dice nada en estas luchas. El hombre es un lobo para el hombre, y para la guerra peor maldita de todas—la civil—, la fiera reserva sus ululares más trágicos. El hombre ve arder, por manos que fueron hermanas, el hogar donde se cobijaba la familia común.

Dramatismo tremante de las guerras civiles. Crisol de horrores; pero también ejemplo magnífico de la fuerza inmortal de las ideas, las que rigen el mundo por encima de las flaquezas de la carne y las malas pasiones del alma.

Anécdotas aleccionadoras que ponen en las negruras de la lucha resplandores de ideal. Hermanos que luchan entre sí, y a los que el azar vuelve a juntar, y hermanos que, más que por la casta, se sienten unidos por la comunidad de ideas y sentimientos. Ved el caso de los hijos del que fué primer Presidente de la República española. Lejos de España, los hijos del personaje se sentían aún más lejos de la ideología paterna. El corazón y el pensamiento de los dos muchachos estaban con el pueblo, con su pueblo, empujado a una guerra, convulso en la gesta de una revolución liberadora.

Nuestra guerra civil—han dicho—se ha convertido en una guerra de invasión; para el pueblo, en una auténtica guerra de independencia. Y españoles, hermanos de los españoles por encima de todo, han venido a juntarse con el pueblo que pelea, con sacrificio heroico, por su libertad.

Estos hermanos que llegan juntos y acordes a pelear en la misma línea; aquellos otros que se abrazan en la línea divisoria que el odio tiende entre los que son de la misma raza; los millares de hermanos que estarán a estas horas en frentes enemigos cruzando sus balas... Horror y ejemplario de la guerra, cantera inagotable de emociones sobrehumanas. La lucha valora auténticamente todas las cosas: las materiales como las espirituales. Y esas anécdotas, y tantas otras ciertas y posibles, calibran en su justo concepto las calidades humanas y derroca muchos prejuicios. El de la fraternidad por la sangre, por abolengo y por herencia, se ve que es uno de tantos mitos que la guerra consume. Los auténticos hermanos son más los que luchan por la misma causa, unidos en fraternidad de ideas y sentimientos, que los que, nacidos en la misma entraña, pelean como enemigos, extraños unos a otros en pensamientos y en deseos. La fraternidad que puede forjar un mundo mejor no está en la sangre que se hereda o se sacrifica, sino en los ideales que unen y se perpetúan.—ALVARO REAL



**Las muchachas
valencianas
que han cosido
los tapices de-
teriorados por
el fuego en el
palacio madri-
leño de Liria**



Ved en esta página a algunas de
las muchachas que han cosido en
los talleres de Valencia los valio-
sos tapices que el fuego provoca-
do por las bombas de aviación de-
terioró en el palacio madrileño de
Liria

(Fots. Vidal Corella)



La hora de plena labor en el taller de Artes Plásticas de estos muchachos estudiantes

Los alumnos de Bellas Artes, sin ayuda económica de nadie, dibujan, pintan y pegan sus carteles en las calles de Madrid

QUIÉN conoce ahora el viejo caserón de San Fernando? Aquello, la verdad, era un lugar al que tenían poco que agradecer las Bellas Artes españolas. Por las paredes del edificio, demasiado gruesas, no había podido penetrar el aire de la calle.

Pero ahora... Ahora ha entrado allí la juventud a borbotones, vistiéndolo las paredes y escaleras con letreros y consignas revolucionarias, y hasta las viejas estatuas se han estremecido llenas de asombro. San Fernando está ahora en poder de los muchachos de la Asociación de Alumnos de Bellas Artes, adscrita a la F. U. E., en manos de los estudiantes que han tenido que sufrir hasta ahora, en carne viva, las puntas duras del cuello de pajaritas académico. Lo primero que han hecho estos muchachos ha sido gritar hasta enrojecer: «¡No queremos un arte viejo! ¡No queremos un arte pompié!» Luego se han puesto al servicio del pueblo con una intensa campaña de propaganda y agitación. ¿Cómo? Ellos mismos, sin personalizar, porque una de sus consignas ordena suprimir personalismos y exhibiciones, nos lo van a contar.

—Estamos—me han dicho, aludiendo a una pequeña habitación donde acabamos de penetrar—en la Redacción de *El Caballero Rojo*, periódico mural, que nosotros hacemos para colocar en la puerta de nuestra casa. *El Caballero* lo dirige un Comité de Redacción, encargado de seleccionar de entre toda la Prensa todo aquello que nos parece destacable o que sirve a los fines de la Revolución. Tenemos también corresponsales en los frentes, y nos envían colaboración muchos escritores de izquierda.

Las cuartillas de éstos suelen exponerse en *El Caballero* en cuatro y hasta cinco lenguas.

—Ahora—acabamos de pasar a una habitación amplia, a un ancho Estudio abierto a la luz de fuera por un amplio techo de vidrieras—estamos en el taller donde hacemos los carteles. Mira, ese agujero del techo le hizo el otro día una granada incendiaria de los facciosos. La apagamos y seguimos trabajando. Tenemos mucho que hacer para que nos podamos permitir el lujo de distraernos. También aquí funciona un Comité de Selección, al que traemos los bocetos. Si los aprueba, empezamos en seguida la confección del cartel. Si no es así, hacemos otro boceto, hasta que el Comité concede su aprobación.

—¿Son estudiantes todos los cartelistas?

—Absolutamente todos. Y el más viejo, alumno de tercero.

—¿Con qué dinero hacéis todo esto?

Los estudiantes se miran, asombrados. Luego se ríen. —Aquí no tenemos una peseta, ni nadie nos la da. Hasta ahora, hemos venido tirando con los fondos de la Asociación. Pero cuando se tiene interés en sacar algo adelante, se saca como sea: pidiendo el papel o los colores, haciendo colectas entre nosotros, como sea. La cosa es seguir trabajando. Y peleando, además, porque la mayoría de nuestros compañeros están luchando en el frente.

—¿Cuántos carteles habréis pintado hasta ahora?

—Más de trescientos. Ejemplares únicos, sin reproducción litográfica, que nosotros mismos colocamos en las esquinas. Tenemos algunos lugares fijos. En la puer-

ta de la Escuela colocamos cada quince días un cartel monumental. Estos días hemos llenado todos los huecos de la acera del Banco de España con carteles y consignas revolucionarias en francés, inglés, italiano, ruso y alemán, en homenaje a la Columna Internacional. También hemos colocado carteles y esculturas monumentales en diversos lugares de Madrid.

Cualquiera creería, después de esta larga enumeración de trabajos, que los alumnos de Bellas Artes tenían absorbida toda su actividad. Pero...

—Actuamos también con frecuencia ante el micrófono de Radio Telégrafos. Estamos terminando grandes carteles para los ventanales de un café de la calle de Alcalá, y, además, hemos abierto ya nuestra Exposición Permanente en el Ateneo, que puede ser visitada gratuitamente a cualquier hora del día. Allí renovaremos las obras cada seis días. Y las retiradas tendrán su vida efímera de grito callejero en las esquinas de Madrid.

En *El Caballero Rojo*, en el taller de la Asociación, en todas las dependencias de la vieja casona, se trabaja febrilmente, sin malograr un minuto. Cada alumno, su función: el que sabe francés u otra lengua traduce para el periódico; otro mecanografía los envíos de los corresponsales de guerra; otros terminan los carteles para su inmediata salida a la calle o a la Exposición Permanente; otros.

—Estos que ves aquí—me dicen señalándome a un grupo armado de brochas, escaleras, cubos y papeles—forman la Comisión de los «pegajosos». ¡A trabajar! Y allá van «los pegajosos», con su engrudo y su escalera, a la conquista de las esquinas de Madrid.—A. SERENA.



Cómo se trabaja en la Redacción del periódico mural «El Caballero Rojo», que los alumnos de Bellas Artes colocan en la puerta de la casona de la calle de Alcalá



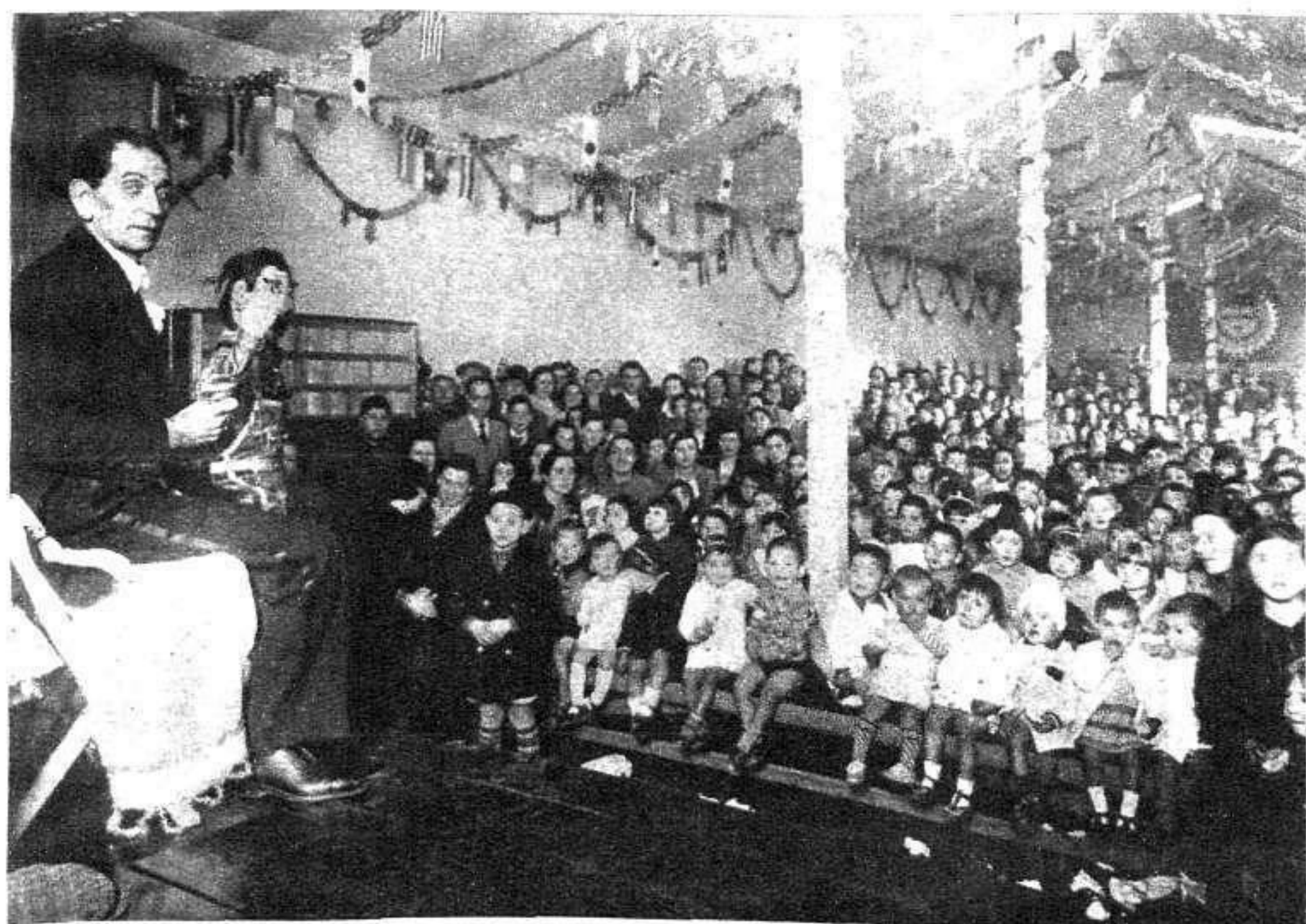
Los propios artistas fijan sus carteles en las paredes madrileñas (Fots. Videal)

Barcelona entrega juguetes a los niños evacuados y a los hijos de los combatientes



El reparto de juguetes a los niños refugiados en el local social del Socorro Rojo Internacional, en Barcelona

(Fots. Merletti y Tarrents)



Otro de los festivales infantiles organizados en Barcelona con motivo de las fiestas de Primero de Año



En este local, como en otros muchos de Barcelona, se ha repartido gran número de juguetes a los chiquillos en estos días primeros del nuevo año

Los niños del grupo escolar barcelonés Collaso y Gil, secundando una iniciativa de sus profesores, han entregado todos estos juguetes para sus compañeros de otras provincias refugiados hoy en Barcelona

(Fots. Merletti, hijo)

El entierro de tres combatien- tes barce- loneses caídos en los frentes de Aragón



A la izquierda: El entierro del capitán de la Columna Maciá-Company, Alfredo Molino López, muerto en el frente de Belchite

Arriba: El cónsul de Rusia en Barcelona presidiendo el duelo en el entierro del coronel Giménez, muerto en el frente de Tardienta

En el centro: Los combatientes llevando el féretro que conducía los restos del coronel Giménez, jefe de Estado Mayor de la Columna Carlos Marx

Abajo: Los milicianos del cuartel de Carlos Marx llevando a hombros el cadáver del delegado de aquel cuartel, camarada Juan Rafols, muerto en uno de los frentes aragoneses (Fots. Torrents)





José Alcalá Castillo, hijo del ex Presidente de la República, durante su conversación con el general Miaja, en Madrid



El nuevo militante del Partido Comunista durante su charla con Dolores Ibarruri, «Pasionaria» (Fots. Díaz Casariego)

Dos hijos de Alcalá Zamora se incorporan a las Milicias

ANÉCDOTAS POLITICAS Y SENTIMENTALES DE LOS HIJOS DEL EX PRESIDENTE

Discusiones familiares y aventuras de un viaje, interrumpido por la Policía francesa

ACABAN de llegar a España Luis y José Alcalá Zamora, que siempre han militado en partidos de izquierda, aun en aquellos momentos en que la inclinación paterna era evidentemente derechista, a pesar de que don Niceto tratara de disimular sus designios presidenciales con la fronda barroca y gongorina de sus notas oficiosas. Luis tiene veinticuatro años y fué protagonista de aquel ruidoso suceso que el mes de Octubre de 1934 tuvo por escenario a Jaca, donde prestaba su servicio militar como soldado. Allí sufrió un arresto por orden del Gobierno de Lerroux, ante la sospecha de que pudiera tener participación en el movimiento obrero de los mineros asturianos. También la vida sentimental de Luis Alcalá Zamora y Castillo anduvo en boca de comentarios populares. Y aun cuando ahora él lo ha desmentido, sigue corriendo hondo, subterráneo, bajo los motivos reales de su llegada a España, otro motivo en el que el amor por una hija de la figura más destacada de la España actual es lazo e imán irresistibles.

José es el más pequeño de los tres hijos varones del ex Presidente de la República. Su vida apenas está esmaltada de anécdotas que ofrecer a la curiosidad de las gentes. Tiene veintidós años y pertenece al Partido Comunista.

El otro, Niceto...

(Antes de continuar estas notas sobre la llegada a España de los dos jóvenes antifascistas, vamos a contar una anécdota, inédita hasta ahora, que a los pocos momentos de ocurrir nos refirió un diputado de la Mesa de las Cortes: el señor Trabal.)

Cuando los miembros de la Mesa del Congreso llegaron al domicilio particular del señor Alcalá Zamora para notificarle el acuerdo parlamentario de su destitución, el secretario general de la Presidencia, señor Sánchez Guerra, hizo presente a los comisionados la imposibilidad de hacer personalmente la notificación, por encontrarse el hasta entonces Presidente descansando en sus habitaciones.

Trabal expuso la necesidad de hablar con él, y entonces Niceto, el hijo, interrumpió:

—No hay en ningún cuerpo legal precepto alguno que obligue a mi padre a levantarse de la cama.

A lo que respondió Trabal, poco aficionado a sutilezas de jurista, pero deseando acabar la violenta escena:

—Entonces haremos la notificación a los papeles de su despacho.

Y a su despacho oficial de Palacio se fueron.)

Camino de España

Ellos mismos, ante el micrófono de la Radio y los lápices vigilantes de los reporteros, han contado su odisea hasta llegar a Barcelona. Que, resumida en breve prosa periodística, es así:

—Hacia mediados de Agosto regresamos con nuestra familia a París, después de haber hecho una excursión por el norte de Europa. Inmediatamente, vista la situación española, decidimos regresar a nuestra patria, para

pelear al lado del pueblo. Nuestro padre y el resto de la familia se opusieron. ¡Cuántas dificultades hemos tenido que vencer! Por fin, en Diciembre, llegó a París una Delegación española del Frente de la Juventud, a la que expusimos nuestros deseos. Ella nos facilitó los medios económicos que, una vez más, nos había negado nuestro padre, después de una discusión violentísima. Así, sin equipaje y con dinero prestado, emprendimos el viaje a España.

En libertad

Los dos hermanos permanecieron diez y ocho horas en un banco de madera de la Comisaría. Durante este tiempo, el comisario no dejó de hablar por teléfono con París. Luego discutía con los agentes, con los subalternos; consultaba libros, notas, órdenes. Por fin, ante la imposibilidad legal de prolongar la detención, los puso en libertad.

Al día siguiente llegaban Luis y José a Barcelona, sin equipaje y sin dinero.

Al frente

Desde Barcelona, cada uno ha ido a incorporarse a su batallón. José acaba de llegar a Madrid y se ha incorporado a su brigada. En el acto de su presentación, y ante sus nuevos compañeros, se han pronunciado unos breves discursos. En uno de ellos ha dicho Lister:

—José Alcalá Zamora ha abandonado las comodidades de su casa, de su bienestar, para venir a luchar junto al pueblo español, en un puesto donde le esperan muchas incomodidades y peligros.

Y José Alcalá Zamora ha contestado:

—Mi deber estaba junto al pueblo español, y aquí he venido. No creo que se trate de ninguna heroicidad, pues como yo hay miles y miles de jóvenes españoles luchando contra el fascismo. Mussolini ha dicho: «Hay que llevar un fusil en una mano, y en la otra, un libro.» Con un libro en una mano y en la otra un fusil, vengo yo. Pero para luchar contra los soldados de Mussolini.

ANTONIO OTERO SECO

FIGURAS DEL MOMENTO



El general Miaja



El general Kleber

(Caricaturas de Bayó)

¿Cómo se imagina usted la España de después de la guerra?

Parece demasiado pronto para pensar en el «después» cuando cada día sigue resonando tercamente en nuestros oídos el estruendo brutal de la guerra. Pero es que según como cada uno se imagine el «después», así será su «ahora» en los sacrificios que la guerra le cueste. Y el tesón de vencer con que vaya al combate—en los frentes o en la retaguardia, donde la guerra le haya señalado su puesto—hasta la victoria final.

1.—Su compañero murió en uno de los frentes en la lucha por sus ideales. Era comunista. Y comunista es también Conchita del Río.

—Yo veo la España de después de la guerra—dice Conchita—como un gran país en el que la libertad será una realidad, y no un tópico, como en las viejas democracias burguesas. Los hombres vivirán mejor. Pero a las que más habrá favorecido el cambio de una a otra España será a las mujeres, que se habrán redimido en la nueva España de aquella esclavitud tiránica a que la España vieja las sometió.

2.—Francisco Esteve, afiliado al Partido Socialista, no tiene que pensar la respuesta. Podría dictarla a un taquígrafo sin permitirle descansar.

—Me imagino una España totalmente distinta, en la que todos los problemas tendrán unos términos más prácticos, impuestos por la necesidad. Las restricciones que ha de imponernos con sus consecuencias el final de una guerra como la que estamos pasando delinearán un contorno de vida más duro, que no consentirá sibaritismos de una privilegiada clase social. La España de «después» será una España de trabajadores que absorberá a la clase media, redimiéndola de aquel señorío superficial que era su tragedia, para con la clase obrera constituir una magnífica aleación de energía productora. Y me imagino con ella una espléndida España de después del «después».

3.—Esta viejecita, Juana Pinet, que ya tiene cumplidos los setenta y cinco años, conoció otra guerra civil y varias revoluciones; vió nacer y morir una República y morir y resucitar una monarquía. Pero entonces era diferente. Lo de ahora es mucho más «gordo».

—Yo no sé cómo será España cuando termine la guerra—dice—. Mala, pobre, arruinada. Creo yo. Me parece que hasta que pase mucho tiempo será una España triste. Pero la gente será mejor. Y procuraremos todos ayudarnos los unos a los otros, que es lo que no se hacía antes de la guerra. A mí, ya, con mis años, poco será lo que de esa España me llegue a alcanzar. Pero me gustaría que en adelante el que trabaje no tenga que sufrir necesidades.

4.—Elpidio González Miguel, afiliado al Sindicato Mercantil (C. N. T.), no titubea un instante para responder a la pregunta.

—Si ya no se llegó antes a ella, se llegará a la unión de toda la clase trabajadora para la organización de la nueva sociedad, en la que, socializadas todas las industrias

bajo las normas de los diferentes Sindicatos, quedará establecido el comunismo libertario en España—dice Elpidio González sin vacilar en la definición.

5.—Al servicio de la Cruz Roja, Visitación García, postulante para los heridos de la guerra, no ha pensado aún en el «después».

—Después... Me parece a mí que será como un pueblo nuevo en construcción. Habrá que trabajar mucho, sin que se pueda ver en seguida el fruto del trabajo. Pero habrá que trabajar. Yo no sé si me explico—titubea.

Y después de una pausa, como si al fin hubiera logrado poner un poco en orden sus pensamientos, fijar las figuras sobre el paisaje de su imaginación, añade:

—Creo que habrá que trabajar mucho y que todo el que quiera trabajo lo tendrá. Y que el que no quiera trabajo lo tendrá, aunque no quiera.

6.—Vicente Montejano, del Sindicato de Empleados Municipales de la U. G. T., dice:

—Yo he descontado siempre nuestro triunfo, y él nos llevará a una España mucho mejor que la de antes de la guerra. Habrá trabajo para todos, y su producto será para el mejoramiento de la vida del trabajador, que gozará así, con su prosperidad económica, de una libertad plena.

7.—Gregorio Fernández es uno de esos infatigables combatientes de la retaguardia que al servicio de la Comisión de Abastecimientos están ayudando a ganar la guerra con su labor de organización del suministro de subsistencias a la población civil de Madrid.

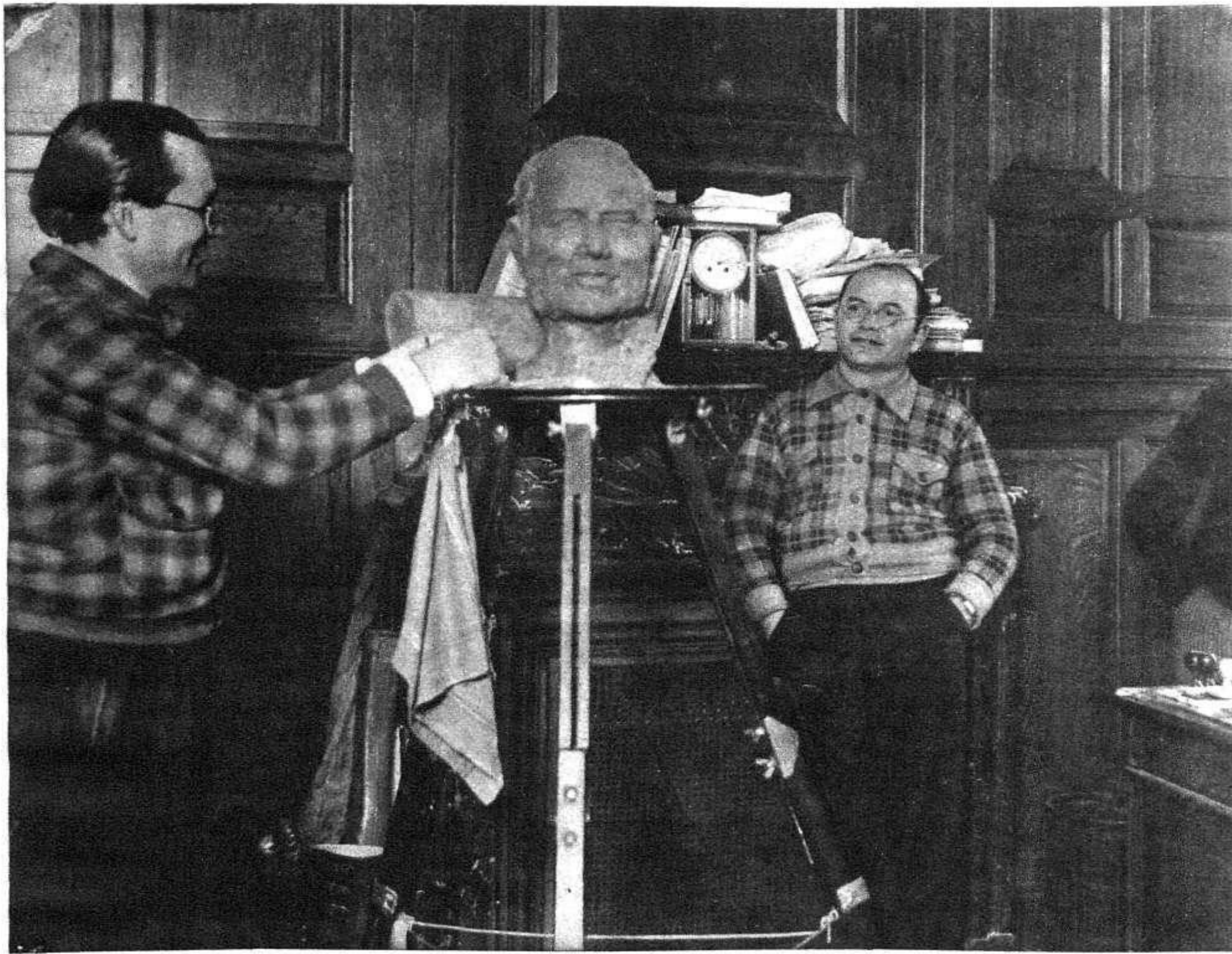
—Como afiliado a la U. G. T., donde no hemos tenido que improvisar nada para movilizarnos revolucionariamente, para mí la España de «después» de la guerra no puede ser más que una España en la que todas las fuerzas del trabajo estén perfectamente armonizadas para la reconstrucción económica del país, que restaure cuanto está destrozando la guerra y para emprender un camino de prosperidad que si nos costará sacrificios, podrá llevarnos, a través de ellos, a un bienestar no conocido por los trabajadores españoles y a un grado de cultura que la sociedad capitalista habría hecho imposible siempre. Pero para eso se requiere la unión de todos los proletarios, y a ella hay que ir «antes de ese después».

8.—Lola Díaz era una de esas jovencitas que buscaban trabajo, sin encontrar más que invitaciones a no tener que trabajar. Antes fué «bailarina-taxi».

—La España de después de la guerra... Creo que será mejor. Será mejor para el que la de antes no era buena. Y para el que sienta deseos de trabajar. Yo, en la España de antes, los sentía. Quería ser modista. Pero tenía que ser «bailarina-taxi». No creo que haya «bailarinas-taxi» en la España de después de la guerra. ¡Y sólo porque no hubiera «bailarinas-taxi» que querían ser modistas valía la pena de pasar por esta guerra de aquel antes a ese después—dice Lola Díaz.

J. R. C.





En las pausas de su diaria labor abrumadora, entre una consulta telefónica y una visita urgente, Elías Palma posa ante el joven y admirable escultor José María Aventín Llamas. Y entre la «pose» ante el artista y los quehaceres del cargo, Palma tiene aún tiempo para decir al reportero: «Egocheaga tiene ahora un gran proyecto»... (Fot. Videca)

Una feliz iniciativa del delegado del Gobierno para el Abastecimiento de Madrid

Paella, judías, fabada, bacalao guisado en varias formas, abundante y barato

No es la primera vez que nos ocupamos en estas páginas de la extraordinaria labor que para el abastecimiento de Madrid viene desarrollando, desde que fue nombrado delegado del Gobierno y de la Junta de Defensa, el ex diputado socialista Eladio Fernández Egocheaga. Ultimamente, aparte su labor general para resolver el problema del abastecimiento, las familias de los milicianos muertos en campaña y de los que luchan en la línea de fuego han tenido el día primero de año unas bolsas de alimento que ha repartido el Partido Socialista por mediación del Regimiento que lleva su nombre.

Ahora, una nueva iniciativa de Egocheaga absorbe la atención de la Prensa de Madrid por su extraordinaria importancia y por las posibilidades que ofrece para la solución del abastecimiento de los madrileños.

Elías Palma, comandante de las Milicias *El Socialista*, nos ha explicado, en ausencia de Egocheaga, el alcance de esta iniciativa. Palma, identificado con el delegado del Gobierno y brazo ejecutor de muchas de sus iniciativas, nos ha dicho:

—Egocheaga no descansa. Cada hora le trae un nuevo afán para cumplir con mayor perfección la misión que le ha sido encomendada. Ya habrá usted visto en algunos periódicos, y a grandes rasgos, su proyecto de ahora.

—Que consiste...

—En poner a disposición de los madrileños la cantidad suficiente de alimentos condimentados para no sentir los rigores actuales. Las amas de casa se encuentran hasta ahora con el problema que se deriva de la dificultad de adquisición de algunos de los elementos indispensables para la confección de las comidas: aceite, carne, carbón...

—Y ante ello...

—Egocheaga ha querido unificar la confección de los menús de una manera racional, acabando con el inconveniente de la escasez de unos productos, mientras en muchas casas sobran otros que por sí solos son insuficientes para formar las comidas familiares. Unos, por ejemplo, tienen arroz con exceso, pero les falta aceite; otros, tienen todos los elementos necesarios, pero carecen de carbón...

Palma hace una pausa para atender a quehaceres urgentes, y luego continúa:

—Hasta ahora se tiene en estudio la confección de dos platos abundantes, sabrosos y baratos, en cantidad suficiente para que ni un solo madrileño carezca de este medio de subsistencia. Los ensayos han terminado ya y ha empezado el período de realización. Dentro de muy pocos días se encontrarán en las tiendas de Madrid.

—¿Qué contendrán esos platos?

—Hasta ahora, tenemos dos modelos, que encerraremos en latas, como las conservas actuales, y cuya composición, peso y precio son los siguientes:

Primer plato: Judías o lentejas con mortadela, carne y otros componentes. Se fabricarán en latas de un kilogramo, medio y un cuarto de kilo, al precio de tres pesetas, una sesenta y cinco y una diez, respectivamente.

Con la lata de un kilogramo hay cantidad suficiente para que pueda hacer una comida una familia normal, no muy numerosa, no sólo por la cantidad, sino por la calidad y abundancia de vitaminas de los alimentos.

—¿El segundo plato?

—Paella. A dos pesetas. En la lata irán trescientos gramos de arroz, y el resto, hasta un kilogramo, con los «trepzones» clásicos de este guiso. Se ha estudiado este plato sobre la base de que la ración individual no exceda, a pesar de la bondad de los elementos que entran en su composición, de setenta céntimos de peseta.

—¿Tienen ustedes en estudio algunos otros platos?

—Sí. Varios, a base de bacalao o del tipo de algunas comidas regionales: fabada, pote, etc.

—¿Tardará mucho en implantarse este suministro en las tiendas de Madrid?

—No; muy poco. Acaso unos días solamente.

Dentro de pocos días la población de Madrid, sin las molestias de las «colas», tendrá a su disposición cientos y cientos de millares de estas raciones individuales.

Con lo cual —pensamos nosotros— se habrá resuelto el problema del abastecimiento de Madrid.

Estímulos de solidaridad

“Yo tengo, tú tienes...”

TODAVÍA, pese a la guerra, se puede conjugar el posesivo, si no con la amplitud de las épocas normales, por lo menos de forma en que la escasez no se hace dolorosa, porque todos la aceptamos con resignada serenidad.

Las dificultades de abastecimiento constituyen la contribución que todos estamos obligados a pagar a la guerra. Sacrificio que el pueblo acepta con estoicismo, en reciprocidad al heroico esfuerzo que los combatientes hacen por su causa.

Las mujeres son las que en mayor grado lo soportan y nos dan a todos el ejemplo. Forman pacientemente en las «colas», sufren incomodidades y perciben más directamente que el hombre las dificultades de la vida. Dificultades que todavía, y por fortuna, son más aparentes que reales. Las estadísticas, que ahora, controladas por autoridades populares, están desprovistas del *camouflage* oficial y son auténticas y serias, demuestran que el abastecimiento de Madrid, pese a las circunstancias, se hace con una amplitud que si no sobrante, tampoco justifica agobios excesivos.

El problema de las subsistencias, se ha dicho muchas veces, no es tanto de escasez como de organización. En muchos artículos, la cantidad es bastante; lo que flaquea es la distribución.

Y ésta, por muchas y ciertas medidas que adopten las autoridades, no puede hacerse de modo eficaz y justo sin la colaboración ciudadana. Las impaciencias, cierto lógico egoísmo y una previsión exagerada, fomentan y sostienen las «colas», pese a todos los esfuerzos que oficialmente se hacen para acabar con ellas.

Es necesario estimular la colaboración de todos, evitar los acopios excesivos, ordenar particularmente la distribución de productos, que es establecer en la retaguardia un sentido de colaboración, al cual no debe ser ajena la iniciativa particular.

Todos tenemos el deber de cooperar a que sean menos penosas las dificultades. Y del mismo modo que los Comités de casas y de calles han prestado una colaboración valiosa en las evacuaciones y alojamientos, pueden hacerlo en el problema del abastecimiento.

El Partido Socialista ha dado un buen ejemplo en la organización del reparto de lotes de víveres a las familias de los milicianos con motivo de las fiestas de Navidad.

No es raro el caso de que el consumidor que ha podido proveerse en el mercado corriente de un artículo carezca de otro complementario para cocinarlo, y el tener en abundancia de un producto no le resuelve totalmente el problema de la comida diaria. En la misma casa, en la misma calle, puede haber otro vecino al que le ocurra el caso contrario. Aislados, cada cual sufre su necesidad, que, puestos de acuerdo, podrían remediar. Quien tiene kilos sobrantes de patatas y no bastante aceite para guisarlas; a su vecino puede ocurrirle el caso inverso.

El problema se resuelve por una simplista cooperación, por medio de una modesta publicidad. Los Comités de Casa podrían tomar a su cargo el que en cada portería se fijase un albarán o tablilla anunciadora, donde cada vecino podría inscribir sus ofertas y demandas. El inquilino que puede desprenderse de un litro de aceite lo ofrece a cambio de patatas, o de sal, o de verduras, que a otro vecino le sobran. Y pequeños problemas que hoy el aislamiento hace difíciles podrían ser resueltos inmediatamente sin necesidad de sufrir rubores de pedigrío. La necesidad fomenta el egoísmo, clave de casi todas las tristezas de la vida. No es excesivo pedir que los que comparten bajo el mismo techo los sacrificios y los riesgos de la guerra, los que a un mismo tiempo pueden convertirse en actores o en víctimas de la lucha, compartan también sus despensas, y como cambian sus ideas y sus inquietudes, lo hagan también con las cosas materiales.

Cooperación, solidaridad, en suma, que las circunstancias nos imponen a todos. Hay que desterrar pequeños prejuicios, mezquinos egoísmos. Con un poco de desinterés, de buena voluntad, el orgulloso «Yo tengo», el a veces envidioso «Tú tienes», puede convertirse en el fraterno, generoso y justo plural, que remediaría muchas angustias y evitaría algunas injusticias: «Nosotros tenemos...»

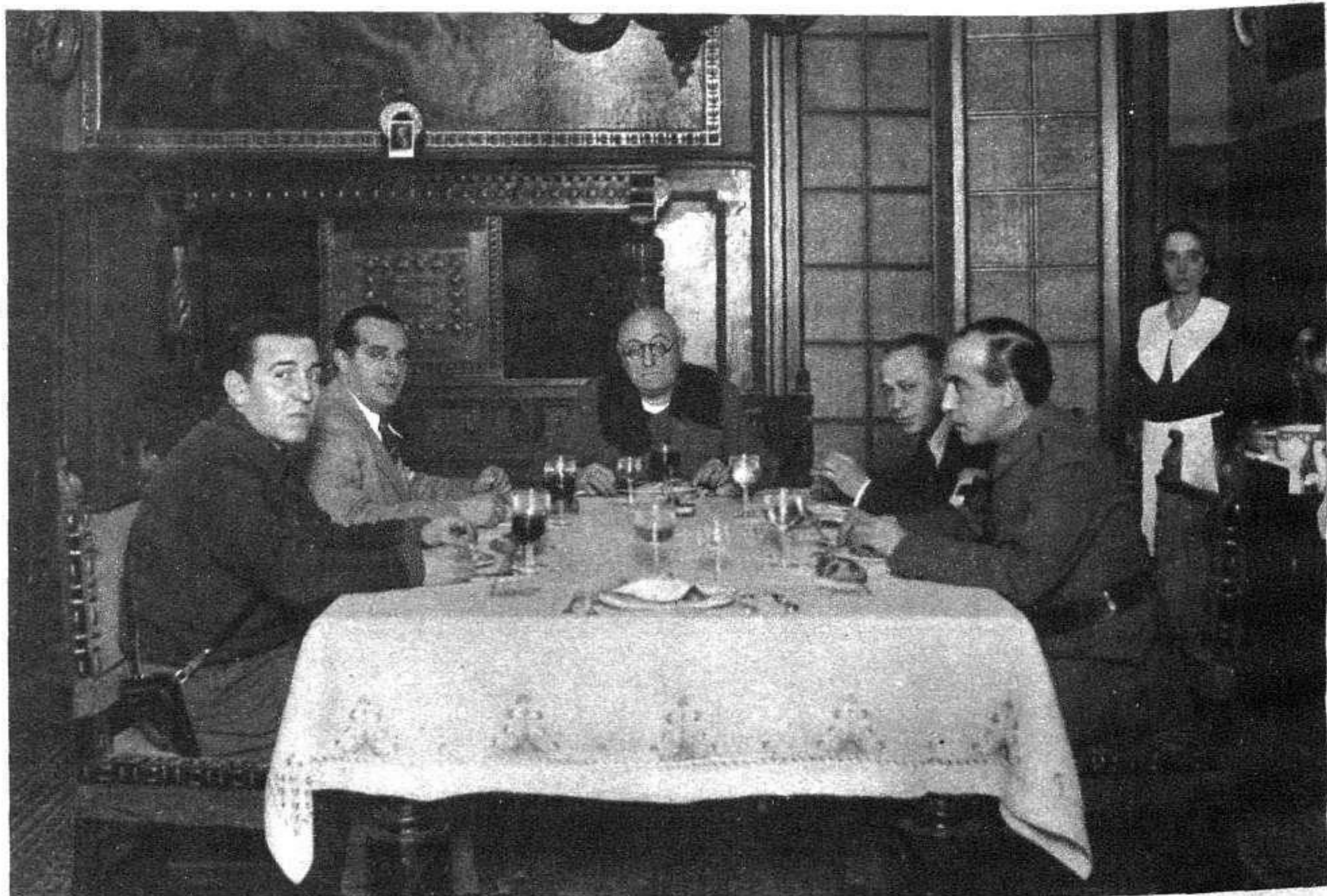
El Comité Internacional de la Cruz Roja ha conseguido traer a Madrid o alejar de los sitios de peligro a muchos niños de las Colonias Escolares que habían salido de la capital al estallar el movimiento

Las mujeres que lloraban al contemplar las fotografías de sus hijos ausentes

DE la actividad fervorosa e infatigable de la Cruz Roja Internacional en orden a la lucha que está ensangrentando a España se conoce sólo una parte: esa del Servicio informativo, que a tantos hogares está llevando la paz tras de las horas de incertidumbre e inquietud. No pasa día sin que en muchos sitios pueda oírse la misma frase, dicha con un acento de gratitud: —He sabido de mi familia por la Cruz Roja. Y no tenía noticias de ellos desde que empezó el movimiento. Por ese Servicio de Información, creado entre nosotros por la Cruz Roja Internacional, son muchas las personas que han podido recibir las noticias que les interesaban, firmadas por el propio familiar. Pero no es ésta sólo la labor de la gran institución en



El alcalde de Madrid, Cayetano Redondo, con su hijo y con don Andrés Vizcaya, delegado adjunto del Comité Internacional de la Cruz Roja, durante la visita de aquél a esta Delegación



Don Andrés Vizcaya, delegado adjunto del Comité Internacional de la Cruz Roja, ofreció hace pocos días una comida íntima al general Miaja. He aquí a los comensales. A la derecha del presidente de la Junta de Defensa está el señor Vizcaya, y a la izquierda, el presidente de la Cruz Roja de Madrid, doctor Romeo Lozano

la guerra de España. Hay otras actividades suyas que quedan en penumbra, que son desconocidas o casi desconocidas del gran público, y que, sin embargo, algún día, al ser conocidas plenamente, tendrán en todos un eco de conmovida gratitud.

Entre esas actividades desarrolladas por la Cruz Roja está la que ha llevado a traer de nuevo a Madrid a los chiquillos de las colonias escolares. Cuando estalló el movimiento eran ya los días de pausa en la tarea escolar. Las colonias de chiquillos humildes habían comenzado ya a salir para las playas y las Sierras. Iban los grupos infantiles alegremente, con los profesores y profesoras. Los *chavales* empezaron a bañarse en el mar, a hacer reposo en las cumbres serenas. Sus familias de Madrid recibieron las primeras cartas. «Estamos muy bien, y esto es muy bonito...»

Y de pronto, el desgarrón brutal de la guerra. El silencio, la incertidumbre, el no saber nada. España, dividida en dos mitades. La angustia de ignorar la suerte de aquellos *chavales* que se habían marchado de Madrid con los primeros oros del verano. Entre el drama y el odio, ¿qué sería de aquellos chiquillos a los que la guerra cogió lejos de sus familias? Una serie de preguntas angustiosas llenaba de zozobra y de inquietud a infinidad de hogares madrileños.

Surgió así la acción de la Cruz Roja Internacional. Se iniciaron gestiones, que el éxito coronó.

—Muchos de aquellos chiquillos—dice don Andrés Vizcaya, el delegado adjunto del Comité Internacional de la Cruz Roja—pudieron regresar, a través de Francia, a Madrid.

Se localizó inmediatamente a todas las colonias escolares, se formó un censo de los niños que las integraban, para poder estar en todo momento al corriente de su situación. Unas cuantas colonias regresaron a Madrid. Otras fueron alejadas de los sitios de peligro, y si su transporte no se pudo conseguir fué por la falta de medios de locomoción, ya que la guerra exigía la prestación de toda suerte de vehículos. Se tuvo información exacta, al día, de todos los chiquillos. Así, los familiares pu-



En esta Delegación madrileña del Comité Internacional de la Cruz Roja se reciben frecuentemente documentos gráficos como éstos, que profesores y alumnos de las Colonias Escolares ausentes de Madrid envían para que las familias conozcan el excelente estado en que se encuentran

dieron estar tranquilos en cuanto a la situación y la salud de los niños ausentes.

Por mediación de la Cruz Roja Internacional llegaban a Madrid de vez en cuando cartas y fotografías de los propios niños, dedicadas a sus familiares. Cartas ingenuas, en las que los *chavales* contaban cómo seguían estando bien y cómo en ellos dominaba la impaciencia de verse de nuevo en Madrid, junto a los suyos. O fotografías de los chiquillos sobre el campo, con sus maestros y sus maestras, que hacían sobre ellos más honda la ternura desde que la guerra había separado a los niños de los hogares lejanos.

—Mire usted—recuerda don Andrés Vizcaya—: yo he visto en este despacho mío asomar las lágrimas a los ojos de muchas mujeres al entregarles cartas y fotografías de sus chicos. Tal era su emoción.

No se detiene ahí la actividad española del Comité Internacional de la Cruz Roja. Encauzado y orientado perfectamente el problema de las colonias escolares, la guerra, con su violencia incansable, planteaba otros. La lucha se proyectaba, con sus perfiles más dramáticos, sobre Madrid. Había que organizar la evacuación de la población civil. Había que salvar a las mujeres y los niños.

—Y para ello estamos—afirma ahora el delegado adjunto—en relación con la Junta de Defensa y a su disposición para cuanto podamos hacer en relación con este nuevo problema. Donde haya un dolor, donde pueda evitarse una víctima inocente, irá siempre la Cruz Roja.



Un crimen en la nieve



Peters, el sargento, y varios de sus hombres galopaban hacia el lugar del dramático descubrimiento...
(Dibujos de Bayo)

LA Policía montada del Canadá está siempre a la altura de su fama. En las vastas llanuras nevadas del extremo norte realiza hazañas magníficas, en las que la prueba de un valor y de una perspicacia iguales. Últimamente, este mérito se puso de relieve, una vez más, con motivo de un apasionante suceso ocurrido sobre las nieves canadienses.

Tres cadáveres en la nieve

Hace unos tres meses, en el correo de la Policía montada de Maneton se recibió un telegrama del jefe de estación de Pacific Junction. Este funcionario acababa de recibir la visita de un *squatter* (es el poseedor de un terreno sin derecho legal sobre él). Otto Blackeny—éste era el nombre del *squatter*—dijo que había encontrado entre los restos de una cabaña de su terreno el cadáver calcinado de su amigo Philipp Lake. Ante los restos quemados ya de la cabaña, Blackeny desenterró después los restos desnudos y helados de la esposa de Lake y de su hijo, que contaba veinte meses. La pequeña Baby, su hijita menor, de seis meses, había desaparecido.

Algunos minutos después de la recepción del telegrama en que se daba cuenta de todo esto, Peters, el sargento de la Policía montada, y varios de sus hombres galopaban hacia la perdida región en que habían vivido Philipp Lake y su familia.

Los policías pudieron comprobar que Lake había sido muerto por una bala de fusil del 22, disparada a boca de arco sobre la nuca. Su mujer tenía el cráneo golpeado, fracturado, y el chiquitín había muerto helándose vivo sobre la nieve. De la pequeña Baby no se encontró la menor huella, ni en la nieve ni entre las cenizas de la choza.

Una pista

El suceso aparecía envuelto en el mayor misterio. Pero la naturaleza acudió a ayudar a los hombres de la Policía montada. Un inesperado deshielo hizo aparecer, bajo la capa más reciente de la nieve, huellas de pasos. Estas huellas llevaron a la Policía hasta una casilla ais-

lada, en la que vivía una viuda: la señora May Bannister. Esta contaba cuarenta y tres años, y vivía con sus hijos Daniel, de veintitrés años, y Arturo, de diecinueve, y con sus hijas France, de quince, y Mary, de trece.

Daniel y Arturo dijeron en seguida, ante las preguntas de la Policía, que el día del crimen habían estado, efectivamente, en la casa de sus amigos los Lake.

—Tuvimos que marcharnos pronto—añadieron—, porque estaba nevando mucho, y Lake quería hablar a solas con dos extranjeros que había en su casa.

Los dos extranjeros

Estos dos hombres pudieron ser encontrados gracias a las hábiles pesquisas de los hombres mandados por Peters. Se les llevó a presencia de los hermanos Daniel y Arturo. Estos les reconocieron inmediatamente, sin vacilaciones, como los dos hombres que quedaron en casa de los Lake.

Los Bannister regresaron a su casa, satisfechos del deber cumplido. Pero al llegar a ella vieron algo que les llenó de estupor: la casa estaba llena de policías, que registraban afanosamente entre ropas y muebles.

—¿Qué pasa?—preguntaron.
—Son ustedes unos embusteros... Ustedes no han podido ver a estos hombres en la casa del pobre Lake. Tienen una prueba irrefutable... Nos han demostrado, de un modo que no deja lugar a ninguna duda, que no estaban allí.

El descubrimiento de la nena

Los policías, durante su registro en la casa de los Bannister, habían encontrado un fusil del calibre 22. Después descubrieron una nena de seis meses: debía ser Betty Lake.

La señora Bannister declaró que la chiquitina era su hija Tyra, de la que no había hablado en sus declaraciones anteriores porque no quería confesar que la pequeña era de padre desconocido. Dijo que varias veces la había llevado consigo a Moncton.

Se interrogó a algunos vecinos de este sitio a conse-

cuencia de lo declarado por la Bannister. Y declararon que efectivamente la habían visto con un cochecito de niño, en el que llevaba un bebé. A nadie, sin embargo, había permitido ella ver de cerca la criatura.

Si la nena era Betty Lake, como la Policía suponía, ¿por qué la señora Bannister, que era pobre y que apenas tenía recursos para sí y los suyos, la había robado, echándose sobre sí una carga más?

Dos padres; ningún hijo

La Policía llegó al esclarecimiento total del problema merced al descubrimiento de una muñeca en la casa de los Bannister. Parecía imposible que una muñeca tan bella hubiese sido regalada a Mary, que no jugaba ya a las muñecas.

Se llegó, finalmente, a dar con la clave del problema. Fueron interrogados dos hombres: Albert Powelle, oficial del Ejército en Moncton, y un comerciante llamado Milton Trites. Los dos confesaron haber tenido a la señora Bannister por amante.

Un día ella declaró a uno de los dos, y después, al otro—ellos ignoraban completamente que fuesen rivales—, que estaba encinta. Los dos empezaron a subvenir a los cuidados lógicos que la mujer exigía por su estado. Más tarde comenzaron a atender, cada uno por su lado, al supuesto hijo.

El drama, esclarecido

La situación, naturalmente, no podía prolongarse mucho. Era preciso mostrar, por separado, la hija a los dos padres. Al comienzo, May Bannister se contentaba con pasear a veces ante su ventana, en Moncton, aquella bella muñeca, colocada en un coche de niño. Pero cada uno de los dos amantes quería ver a su hijo. Fué entonces cuando la Bannister tuvo la idea de robar a Betty Lake. Los dos hijos, encargados de esta tarea criminal, asesinaron a los padres durante una tempestad de nieve. En seguida echaron al chiquillo sobre la nieve e incendiaron la casa. Mientras tanto, France, la hija mayor de la Bannister, huía con Betty entre los brazos.

Totalmente esclarecido el bárbaro crimen, se aceleró el proceso. Daniel y Arturo Bannister fueron condenados a muerte y ejecutados. Murieron riendo y jurando. Su madre fué condenada a tres años de prisión. Y France, la hija que robó a la pequeña Betty, fué internada en un correccional, en el que estará hasta que alcance la mayoría de edad.



Los vecinos declararon que, efectivamente, la habían visto con un cochecito de niño



Frasco grande
Pesetas 5,05
(timbre incluido).

Durante el embarazo,

la acción vitalizadora del Jarabe Salud defendió a su organismo de la anemia y le dió energías para efectuar un alumbramiento feliz.

Durante la lactancia,

el Jarabe Salud estimulará su nutrición con elementos de una actividad poderosa para el desarrollo y la robustez de su hijo.

TESTIMONIO CIENTIFICO

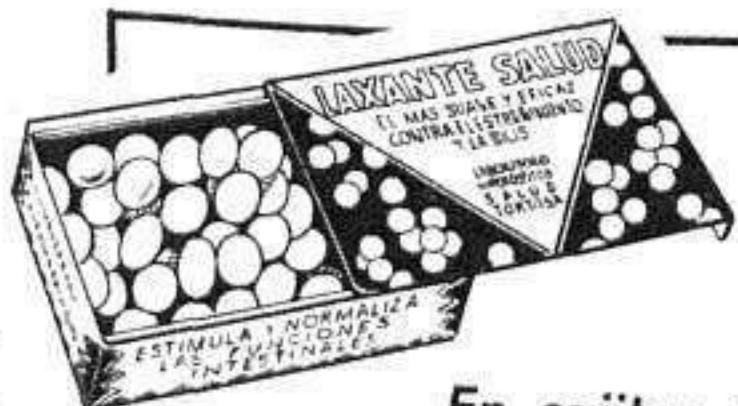
«Con mucho gusto recomiendo el Jarabe de Hipofosfitos Salud por sus magníficos resultados en el embarazo y la lactancia, como también es sin igual para regularizar las reglas en la mujer. Soy una convencida y una gran propagandista de este preparado».

Carolina Díaz, Profesora en partos.
Preciados, 56, Madrid.

El Jarabe de Hipofosfitos Salud es un energético reconstituyente aprobado por la Academia de Medicina contra: **Inapetencia, anemia, raquitismo, neurastenia.**

Su composición es inalterable y puede tomarse en todas las épocas del año.

HIPOFOSFITOS SALUD



En cajitas de
28 - 30 grageas a
ptas. 1,90 (timbre in-
cluido), en farmacias.

Para los estreñidos y biliosos

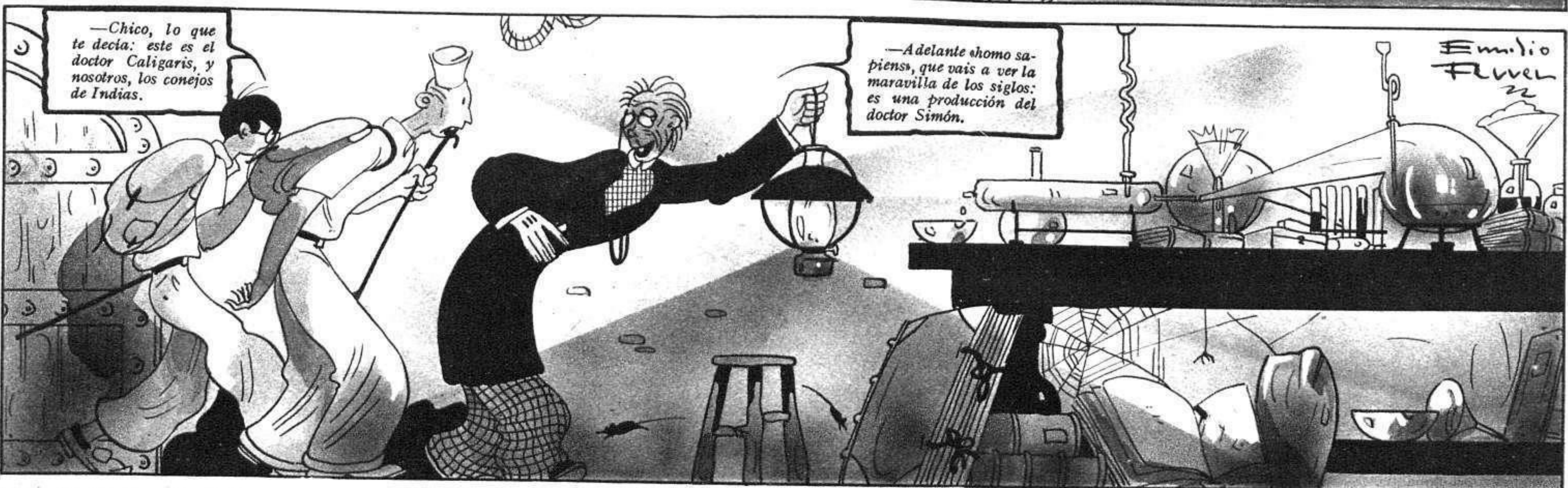
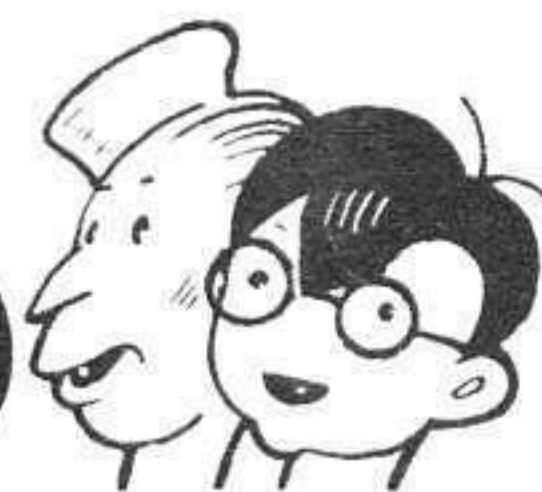
Un magnífico regulador de las funciones intestinales y biliares, que ejerce su acción con suavidad y sin producir trastornos ni habituación es el

LAXANTE SALUD

«Conozco quien, cansado de laxantes sin resultado, está ahora muy agradecido al Laxante Salud, con el que consigo diariamente una evacuación normal».

Doctor G. Cevallos, Médico de la Beneficencia Municipal, Burgos.

LA VUELTA AL MUNDO de COLÁS Y BARULLO



TEMPESTAD SOBRE CHINA

Los dos mariscales frente a frente

Quién es Tchang-Kai-Chek

Quién es Tchang-Sue-Liang

¿Comunismo o Antiniponismo?



El mariscal Tchang-Kai-Chek



El mariscal Tchang-Sue-Liang

CHINA, el país desgarrado por luchas múltiples, ha vuelto ahora a alzar su drama y su inquietud ante el mundo al rebelarse Tchang-Sue-Liang contra Tchang-Kai-Chek, el jefe del Gobierno de Nankín.

Los ojos de Europa se han vuelto, una vez más, hacia ese viento de luna que se levantaba sobre Oriente. El Joven Mariscal—el general rebelde apenas cuenta cuarenta años—detuvo al jefe del Gobierno, y declaró que lo retendría prisionero hasta el momento en que el país adoptase una política de represalias contra el Japón, una política que tuviese por objetivo final la recuperación de los territorios arrebatados a la China.

Tchang-Kai-Chek había llegado a ser en estos últimos tiempos la figura más destacada del inmenso país. Su actividad militar y política le había llevado a colocar en el más alto rango de la vida china. En 1924 estuvo en Rusia para estudiar la organización militar soviética. En 1926 se puso al frente de las fuerzas nacionalistas chinas contra los generales del Norte, y al año siguiente estableció el Gobierno de Nankín, después de separarse rotundamente de los comunistas sobre los que hasta entonces se había apoyado.

El mariscal ha dedicado sus mejores esfuerzos a la obra de unificación nacional. Ha logrado agrupar bajo la autoridad del Gobierno de Nankín un territorio tan vasto como nuestra Europa. Ha alentado y dirigido cuanto allí se viene haciendo para la modernización del país: carreteras y vías férreas, mejoramiento de la agricultura, creación de una industria nacional, higiene pública, educación de las masas... Le interesa el trabajo y la vida del campesino, eje de la vida china. Está a la cabeza del movimiento de la vida nueva, que aspira al renacimiento de las viejas virtudes chinas dentro de un ritmo actual de progreso. Es él, también, el que dirige personalmente la campaña de supresión de las drogas. Para el mariscal, el veneno de estas drogas—que él aspira a suprimir totalmente en un plazo de seis años—es el peor enemigo de la China que él quiere reconstruir y engrandecer.

Contra este hombre se ha alzado ahora Tchang-Sue-Liang, el Joven Mariscal, en el Ejército chino casi desde niño, coronel desde los diez y nueve años.

Tchang-Sue-Liang trabajó para la reconstrucción nacional del Imperio chino. Cuando, en 1929, se rompieron las relaciones entre Rusia y China, Tchang-Sue-Liang ocupó la línea férrea del Este chino, que se vio obligado

a restituir al bombardear los soviets las ciudades de la frontera. Poco después comenzó la presión japonesa sobre las provincias chinas del Norte. Mientras que el Joven Mariscal descansaba en Pekín, el Japón decidió la ocupación de la Mandchuria. A partir de este momento, toda la organización y todo el prestigio militares del mariscal se hundieron como un castillo de naipes. Más de doscientos mil hombres de su Ejército perecieron ante el empuje japonés. La Mandchuria, de la que Tchang-Sue-Liang había sido el dueño, se perdió definitivamente.

El otro mariscal, Tchang-Kai-Chek, jefe del Gobierno de Nankín, persuadió a Tchang-Sue-Liang para que emprendiese un viaje al Extranjero. Quizás quisiera evitar con ello nuevos avances de los japoneses, a los que

el Joven Mariscal quería hacer nuevas resistencias. Tchang-Sue-Liang embarcó en Shanghai, rumbo a Europa. Su viaje duraría seguramente varios años. Al año siguiente, sin embargo, estaban de nuevo en China, donde era nombrado comandante en jefe de las fuerzas anti-comunistas de las provincias del interior.

Y ahora, la rebelión contra el Gobierno de Nankín. Está en relación con los comunistas, dicen unos. Es el odio al Japón lo que le ha llevado a este gesto rebelde, dicen otros. ¿Comunismo? ¿Antijaponismo? El Joven Mariscal, al rebelarse, al detener a Tchang-Kai-Chek, ha hecho volver a Europa los ojos sobre esa China lejana y misteriosa sobre la que de nuevo ha pasado un viento de tormenta.

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

ABUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

TAQUIGRAFIA, por Martín Ezala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Quinta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

APOPLEJIA-PARALISIS

Angina de pecho, Vajez prematura y demás enfermedades originadas por la Arterioesclerosis e Hipertensión. Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, rama o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), indorria, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando **RUOL**. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; **suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina**; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.

EL DOLOR

NO HACE ESTRAGO ALGUNO A LOS QUE POR SABIA PRECAUCIÓN TIENEN EN CASA UN FRASCO DE

CEREBRINO MANDRI

ESPECIALIDAD NACIONAL

USOS

Una cucharadita con agua UNA, DOS o TRES veces, vence todo dolor. El reumatismo febril cura tomándolo TRES o CUATRO veces, repartidas durante el día. En el dolor crónico, tomado en ayunas, OCHO o DIEZ días en cada mes.

Solicite prospecto al

LABORATORIO MANDRI

Provenza, 203

BARCELONA

Conservas **TREVIJANO**

Lea usted los domingos **CRÓNICA**

UNA BODA EN EL FRENTE

El teniente Chandeira, del primer batallón de la brigada Lister, ha contraído matrimonio en uno de los frentes madrileños. He aquí a los contrayentes pasando bajo el arco de honor que forman los fusiles de los combatientes

(Fot. Albero y Segovia)

mundo
gráfico

